El pensamiento feminista y los estudios sobre identidad de género masculina

Norma Fuller[1]

Las críticas post estructuralistas y feministas han contribuido a la comprensión de la fluidez de las llamadas categorías de género y a desmantelar los presupuestos en los que se fundan la prioridad masculina y la subordinación femenina. Sin embargo las/os teóricas/os feministas y aquellos que introdujeron una perspectiva de género en el análisis de las identidades sexuales y de género se centraron en el estudio de la feminidad y prestaron poca atención al estudio de la constitución de la identidad de género masculina. De otro lado, la deconstrucción de los discursos y representaciones de género vigentes en la cultura occidental (y otras) han evidenciado la arbitrariedad inherente a tales construcciones pero no han conseguido explicar cómo estas devienen identidades estables. En este trabajo presentaré un balance crítico de las contribuciones de la perspectiva de género para el análisis de la constitución de la identidad masculina y avanzaré una propuesta basada en los conceptos de performatividad, abyección y simulacro a fin de explicar la manera en la que las definiciones de género moldean la subjetividad humana y constituyen la subjetividad de los actores.

La construcción de la masculinidad

El trabajo de Lacan señala la complejidad y fragilidad de las identidades sexuales y de género. Para este psicoanalista la historia del desarrollo de la subjetividad es la del ingreso dentro del orden simbólico, dentro de las constricciones de la «Ley del padre». La identidad de cada sujeto se constituye a través de la constatación de la alienación/separación, respecto a sus propios impulsos, en el estadio imaginario preedípico. Durante el período edípico los sujetos ingresan dentro del orden sexual humano que adquieren a través de la adquisición de lenguaje y el ingreso dentro del sistema de parentesco. La concepción de sujeto de Lacan se apoya en la teoría de Saussure que afirma que el significado no es una relación exclusiva entre un significante y un significado sino, entre un nombre y su referente o concepto, el significado se genera por el movimiento de significante a significante. Por lo tanto el sujeto es el efecto de una cierta unificación

1. Antropóloga y psicóloga de la Universidad Católica de Lima.

©Universitat de Barcelona

temporal generada por la cadena de significantes. Esto implica que el deseo sexual no pre-existe a su inserción dentro de las estructuras del lenguaje y del parentesco. El «deseo es constituido en el mismo proceso de su ingreso dentro del orden de la cultura. En consecuencia, el sujeto, la identidad personal, no es un producto terminado y coherente sino un proceso en curso. El sujeto está en una posición ambigua, de dependencia y subversión frente al orden simbólico. Si bien no puede actualizarse sin ingresar dentro de las constricciones de la cultura, el hecho de que el orden simbólico sea inherentemente arbitrario, permite que se le interponga distancia, sorpresa o duda.

De acuerdo al modelo lacaniano, Freud demostró que el sexo no está determinado por la anatomía sino por la relación del sujeto con la ley del padre representada por el temor a la castración. Sin embargo la castración es intrínsecamente asimétrica porque en tanto los hombres temen perder las mujeres son la representación de la castración. Lacan concluye que no hay significante para el sexo femenino. Ella es lo que no es, o en términos lacanianos «La femme n'existe pas». La mujer está instalada en la falta. Consecuentemente, en el esquema lacaniano el «patriarcado es el destino».

En suma, la contribución más importante de Lacan fue mostrar la interdeterminación de la identidad personal y la inexistencia de lo femenino dentro del orden falocrático.

Los pensadores post estructuralistas continuarán la labor de desmantelamiento del modelo de sujeto unificado de pensamiento y acción iniciada por Lacan. Ellos argumentarán que la oposición binaria que Lacan asumió como universal es sólo el mecanismo a través del cual la cultura occidental organiza su sistema de saber/poder. Su tarea será desmantelar esas oposiciones binarias para desvelar las estrategias por las cuales las identidades son construidas.

Lucy Irigaray: El desmantelamiento del orden falocrático

Irigaray (1974) afirma que la teoría freudiana de la sexualidad hizo evidente algo que había estado operando todo el tiempo de manera implícita: la indiferencia sexual que subyace al conocimiento científico y a la lógica de todo discurso. Ello se evidencia en la manera en que Freud define la sexualidad femenina: como deficiencia o atrofia, como la otra parte del sexo que monopoliza todo valor, el sexo viril.

Más aún, señala Irigaray, la mujer no puede usar el discurso lógico en tanto tal. Para hacerlo debe asumir una posición asexual, o bien, imitar o masquer lo femenino. Esto significa que lo femenino no posee un canal propio de expresión. La expulsión, la exclusión del imaginario femenino coloca a la mujer en una posición en la cual sólo puede experimentarse de manera fragmentaria, en el estrecho margen dejado por la ideología dominante como desecho o exceso. Lo que sobra de un espejo constituido por lo masculino para reflejar-

©Universitat de Barcelona

se o copiarse a si mismo (Irigaray, 1993:30).

Sin embargo, afirma Irigaray, esta posición marginal permite a la mujer desmantelar las representaciones que están en la base de la constitución de las identidades de género porque ella es, precisamente, lo que es dejado fuera del orden falocrático en el cual ingresa sólo como el otro de lo uno/mismo = masculino.

La principal contribución de esta filósofa reside en la deconstrucción de las oposiciones binarias sobre las cuales se construye el sujeto y la denuncia del falocentrismo implícito en las teorías occidentales sobre el ser humano.

Irigaray asume la tarea de criticar el orden fálico que ella califica como «la economía del ser sobre la cual se constituye el pensamiento patriarcal occidental (Irigaray, 1985, p. 130, traducción de la autora). Ella afirma que la identidad del sujeto (masculina por definición) se basa en un presupuesto inicial: lo masculino es el modelo de la humanidad. Esta preposición descansa en la oposición binaria por la cual la mujer se convierte en ausente, en la negación a través de la cual emerge el ser masculino como sujeto. Por lo tanto la unidad del varón se consigue a través de la expulsión de lo femenino que se constituye en la falta o el exceso del cual emerge el varón = ser humano. La imagen del sujeto (masculino) unificado reposa en un juego de oposiciones que permiten su construcción: homosexual / heterosexual, femenino/masculino, reciprocidad (entre hombres) / expulsión (de las mujeres).

El programa de Irigaray es remover, desestabilizar el armazón de la representación del sujeto de acuerdo a parámetros exclusivamente masculinos, esto es de acuerdo al orden falocrático. Irigaray no pretende remendar este orden con elementos tomados de él, lo que termina siendo lo mismo, sino quebrarlo y modificarlo desde fuera, desde lo femenino, aquello que está parcialmente excluido de la ley falocrática (Ibidem, p. 68).

Sin embargo Irigaray identifica lo femenino con lo reprimido y lo masculino con el orden simbólico. Esto reposa en el modelo de la complementareidad que supone que existe un femenino y un masculino «reales» opuestos y complementarios. Finalmente Irigaray acepta como cierto el presupuesto psicoanalítico de que existe un núcleo previo constituido por la expulsión sexual y el inconsciente reprimido. Pensadores post estructuralistas como Foucault y Derrida criticaron el esencialismo implícito en la teoría psicoanalítica y proponen que la psique es una construcción histórica. Se abandona la tarea de desvelar una esencia «reprimida» para concentrarse en el desmantelamiento de las operaciones a través de las cuales se forman las identidades sexuales y de género.

La deconstrucción de la sexualidad

Los autores más influyentes de la llamada postura crítica post estructuralista son Michel Foucault,

©Universitat de Barcelona

Jacques Derrida y Jean François Lyotard. El primero de ellos criticó la identificación de la sexualidad con la verdad interna del ser humano. Derrida desarrolló un método de deconstrucción de las oposiciones binarias en las que se funda el pensamiento occidental. Lyotard propone que las identidades son contextuales y construidas en la intersección de las múltiples determinaciones de clase, raza, etnia, género, sexo y así sucesivamente. Los postmodernos desmantelan la noción del sujeto unitario y proponen en cambio la noción de simulacro, pastiche, masquerade. Esto es, la identidad sería la copia de algo que nunca existió realmente (Jameson, 1994). Desde esta perspectiva, la identidad es la síntesis particular de constricciones sociales, discursos y representaciones sobre el sujeto, desempeñada en cada contexto particular y no una realidad trascendente.

El punto de partida de Foucault es que hay que desconfiar de las identidades (en su sentido de verdad y unidad) porque ellas son solo masquerades. La información que buscamos reside en la superficie (Foucault, 1977, 142). Por lo tanto, no existe un significado primario a ser desvelado o interpretado. Donde la interpretación busca una verdad escondida subyaciendo a las prácticas superficiales, la genealogía, el método propuesto por Foucault, busca identificar el artificio por el cual se supone que existe una verdad subyaciendo a la prácticas, y a los discursos.

Foucault sostiene que la concepción de ser humano propia de occidente no puede ser aislada de la producción del saber y del juego del poder. Así el primer objetivo de Foucault fue elaborar la historia de los caminos por los cuales los seres humanos se convierten en sujetos a través del estudio de las tecnologías de poder orientadas a la constitución del sujeto.

En su «Histoire de la Sexualite» (1984), Foucault rechaza la concepción del sexo como una esencia o una pulsión arcaica. Según propone, lo que caracteriza a la sociedad moderna no es la represión de la sexualidad sino una creciente regulación de sus prácticas pensadas a través de la proliferación de discursos sobre la sexualidad y de la identificación de la sexualidad con la verdad interna del sujeto. De acuerdo a este autor, la categoría sexo pertenece a un modelo jurídico del poder que asume que sexo y verdad son opuestos. Foucault propone una interpretación diferente de la relación entre sexo verdad y sujeto, que él llama bio poder (Foucault, 1977). Éste consiste en la articulación de poder y cuerpo a través de estrategias disciplinarias que no actúan externamente sino a través del manejo de los cuerpos (Surveiller et Punir) y de su definición (Sexualidad). La identificación de sexo y psique humana sería el dispositivo de poder que permitió la emergencia del sujeto moderno. Para este autor, la sexualidad no es nuestra verdad escondida sino el juego de verdad alrededor del cual el pensamiento occidental moderno articula diferentes sensaciones, experiencia y prácticas en una interpretación unitaria.

©Universitat de Barcelona

Desde este punto de vista el sexo no sería la base biológica a partir de la cual se desarrolla la identidad del ser humano, sino una tecnología del ser. el lugar desde el cual se produce la subjetividad (o para ser más exactos su masquerade). La subjetividad debe retrazarse en su genealogía y en las estrategias por las cuales poder, cuerpo y verdad se articulan en las tecnologías del ser. Desde este punto de vista lo masculino debe entenderse como un discurso, como una particular articulación de cuerpo, saber y poder característica del sistema patriarcal occidental.

No obstante, si el sujeto es una construcción histórica cualquier enunciado sobre la condición humana se vuelve imposible. Esta postura nos enfrenta al dilema de la imposibilidad de entender la subjetividad humana porque cualquier afirmación presupone la existencia de un sujeto previo a la experiencia social, a la cultura o al lenguaje. Foucault sugiere que el cuerpo y sus placeres sería el punto donde las tecnologías de saber y poder actúan. Sin embargo puede argumentarse que si el cuerpo puede enunciarse sólo a través del lenguaje, éste es también una construcción.

Lyotard: El sujeto en la encrucijada de los juegos de lenguaje

Lyotard, de su lado cuestiona la validez de las metanarrativas y la estabilidad de las categorías sociales (Nicholson, 1988). Desde su punto de vista, la vida social es similar a la cadena de significaciones lingüísticas pero no está tejida con un solo hilo sino por un número indeterminado de juegos de lenguaje. Cada sujeto está instalado en la intersección de muchos de esos hilos. Por lo tanto el individuo no establece combinaciones estables ya que éstas varían según el punto de la intersección en que se encuentre. Esta atomización de la estructura social, determina que cada individuo use diferentes códigos dependiendo de la situación en la que el/ella esté actuando (en el hogar, en el trabajo, en la diversión). Como consecuencia el sujeto social parece disolverse en esta diseminación de juegos de lenguaje (Lyotard, 1984).

Estos determinismos locales han precipitado una redefinición de las identidades sociales (entre las cuales se ubican las de género) que se perciben ahora como producidas contextual y localmente. De un lado ya no es posible hablar de una única determinación definiendo la posición de los individuos en el ordenamiento social. Del otro lado, las identidades son concebidas como performances o representaciones antes que como la expresión de rasgos o necesidades preexistentes. Consecuentemente etnicidad, nacionalidad, género y raza no serían la expresión de la historia del sujeto, de su tradición cultural o de su categoría sexual. Estos se convierten en narrativas locales constantemente recreadas y expresivas de la posición del sujeto situado en la intersección de diferentes posiciones. La cuestión

©Universitat de Barcelona

que surge es cómo el sujeto es formado al interior o en el exceso de la suma de las diferencias de género, clase, etnicidad así seguidamente.

Si aplicamos esta perspectiva al análisis de la masculinidad deberíamos comenzar por postular su inexistencia. La masculinidad desaparece para convertirse en un artificio o estrategia por la cual se producen diferencias que a su vez permiten ordenar a las personas dentro de categorías preestablecidas y dan sentido y unidad a la narrativa personal, y regulan las practicas personales y sociales. Esta se convierte en un juego de lenguaje que asume diferentes características de acuerdo a la manera en que articule a otras «diferencias». Así por ejemplo, diferentes combinaciones de etnicidad, raza y género producen variadas configuraciones de lo masculino. En suma, el género más que una característica asociada al sexo y la reproducción es una estrategia, entre otras, productora de diferencias, un juego del lenguaje.

La propuesta derridiana de deconstruir las oposiciones implícitas en el ordenamiento del pensamiento occidental permite hacer evidente el falologocentrismo inherente al pensamiento occidental moderno. De acuerdo a Derrida el falologocentrismo es un orden jerárquico que se presenta a si mismo bajo la forma de «neutralidad» pero que se funda en el supuesto de que lo masculino se identifica con verdad y razón mientras que lo femenino se asocia a sentimiento, intuición, desorden, etc. El análisis deconstructivo muestra la operación discursiva por la cual lo masculino es identificado con verdad y poder. Sin embargo, el método derridiano, contrariamente al de Lacan, e Iriagaray, no pretende descubrir los principios subyacentes al sistema o encontrar un punto a partir del cual sea posible reconstruir uno alternativo. Para Derrida dicho punto no existe. Para este autor «la debilidad y la fuerza del análisis deconstructivo consiste en que éste no se agrupa alrededor de un punto que podría actuar como palanca para la estrategia deconstructiva (Derrida en Peretti, 1990, p. 291). La deconstrucción no busca un sentido escondido sino las inconsistencias internas, el juego de verdadero y falso que permite su emergencia. Deconstruir es desmantelar, desestructurar, incluso romper las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un sistema de pensamiento o de una secuencia histórica. En suma, desbalancear, evidenciar, las bases inconscientes de la tradición metafísica. La deconstrucción derridiana ha sido usada por pensadoras feministas como De Lauretis y Scott porque su propuesta reconoce e ilustra el funcionamiento de las tecnologías de género.

Joan Scott: La deconstrucción del género

Desde una perspectiva feminista, Scott usa la noción derridiana de deconstrucción y el concepto de poder de Foucault para desarrollar una teoría de los sistemas de género. Su interrogante central es

©Universitat de Barcelona

cómo las categorías de género son construidas y legitimadas. Siguiendo el análisis genealógico de Foucault, Scott enfatiza procesos y no orígenes, y la búsqueda de causas múltiples en lugar de una sola, de la retórica y del discurso más que de ideología y consciencia (Scott, 1988, p. 4). Ella usa la técnica deconstructiva para evidenciar los términos reprimidos dentro de las definiciones de género. Este método busca desafiar al status natural o esencial de ciertos pares de opuestos y exponer su interdependencia e inestabilidad interna para mostrar que cada concepto unitario descansa, contiene material reprimido o rechazado y es por tanto inestable y no unificado (Scott, 1987, p. 5). Las oposiciones fijas mascaran la heterogeneidad de todas las categorías y el grado en el que los términos representados como opuestos son interdependientes, esto es, derivan su significado de contrastes preestablecidos más que de una pura antítesis. Más aún, la interdependencia implícita en las oposiciones binarias es usualmente jerárquica, uno de los términos se coloca como dominante y visible y el otro como opuesto subordinado, ausente o invisible. Sin embargo, este arreglo implica que el segundo término es esencial porque es necesario para definir al primero. El significado se establece imponiendo definiciones normativas que encubren el potencial de conflicto y oposición. Dicho de otra manera, toda construcción o implementación de sentido envuelve una operación de poder (Ibidem p. 5). Este acercamiento acentúa la dimensión política y social de las identidades de género.

Aunque Scott no menciona lo masculino, su trabajo puede ser útil para analizarlo. Permite entender la operación de exclusión a través de la cual la mujer se convierte en lo opuesto del varón y la reciprocidad implícita en las relaciones jerárquicas. La masculinidad se construye en el ejercicio del poder y en la exclusión de lo femenino. Pero lo femenino está implícito en la construcción de lo masculino. En consecuencia, definiciones alternativas de femenino o de identidad sexual forman parte de la definición de masculinidad y amenazan su estabilidad desde dentro.

De Lauretis: Tecnologías de género

De Lauretis acentúa el hecho de que la identidad de género no se construye únicamente dentro de las fronteras del género. Los ejes de clase, etnia, raza, etc., son tan significativos para la construcción de las categorías de género como la sexualidad. Para De Lauretis el sujeto es múltiple y no puede ser capturado en una sola dimensión. Por lo tanto, las categorías de género no son cerradas, cada sujeto es constituido a través de una compleja tecnología que supone la articulación de diversos factores. De este modo, la experiencia de género de un varón no se determina únicamente por su sexo sino por el lugar que ocupa dentro de las categorías raciales, étnicas, de clase, regionales, etc., de la sociedad en la que vive. Más aún, la construc-

©Universitat de Barcelona

ción del género es al mismo tiempo el producto y el proceso de su representación. La representación social del género afecta su construcción en el plano subjetivo y, viceversa, la representación subjetiva del género afecta su construcción social. De Lauretis sugiere que esta propuesta abre la posibilidad de actuación y de autodeterminación a nivel subjetivo e incluso a nivel individual de la micropolítica y de la práctica cotidiana (De Lauretis, 1987, p. 9).

Desde esta perspectiva el sujeto es producido dentro de circunstancias históricas específicas y debe ser comprendido por su ubicación dentro de un esquema general de relaciones de poder. La cuestión no es cómo la diferencia biológica actúa sino cómo los discursos acerca de las diferencias biológicas son movilizados en cada sociedad particular, en cada momento particular (De Lauretis, p. 82). De Lauretis propone la noción de tecnología de género para explicar la operación por la cual las diferencias internas y la fluidez de las representaciones de género se convierten o transmutan en representaciones estables y socialmente reproducidas/reproducibles.

Para De Lauretis el desafío para el pensamiento feminista es cómo repensar la diferencia a través de una conceptualización dual en la cual ser un varón o una mujer fueran formas originarias, esto es, en la cual lo femenino no sea la sombra de lo masculino sino un sujeto generando su propio contenido (De Lauretis, p. 96). Para lograrlo, el análisis feminista debe deconstruir las prácticas discursivas y las estrategias a través de las cuales lo masculino es identificado con lo universal y asumirlo como un género. La tarea entonces es particularizar lo masculino o, dicho de otro modo, construir un género masculino ahí donde antes hubo ser humano.

Scott y De Lauretis acentúan la artificialidad y relacionalidad de las identidades de género. La masculinidad emerge de un juego de oposiciones binarias pero esas oposiciones no se fundan en el cuerpo o en una pulsión natural, están producidas discursivamente y actualizadas en la operación de su construcción/actuación. Esto es a través de las tecnologías de género. No obstante, su acercamiento a las identidades de género ha sido criticado porque su definición de las identidades de género como prácticas discursivas, saberes o tecnologías del ser, no explica cómo las identidades de género se encarnan en el cuerpo o devienen categorías sociales estables. Como Butler dice, en su trabajo el cuerpo parece ser un medio pasivo significado por la inscripción de una fuente cultural que se concibe como externa al cuerpo (Butler, 1990, p. 129). De otro lado, su noción de género como producido discursivamente reduce la vida social a un modelo comunicativo en el cual los códigos de lenguaje determinan la vida social y el cambio cultural. Finalmente, aun cuando las identidades sexuales y de género son fluidas, éstas no están abiertas a la elección personal, de otro modo cada individuo podría decidir su propia identi-

©Universitat de Barcelona

dad de género. Consecuentemente, es necesario desarrollar una perspectiva teórica que dé cuenta tanto de la fluidez cuanto de la estabilidad de las identidades de género.

Butler: Performatividad y repudio

Butler emprende la crítica de la noción de género como construcción. De acuerdo a esta autora este acercamiento conduce a una confusión porque crea la impresión de que las identidades de género están abiertas a la libre elección del sujeto. Por el contrario, lo que se necesita es entender cómo las identidades de género, a pesar de ser productos culturales, son estables y fijas. Para llenar este vacío Butler introduce los conceptos de performatividad y repudio (performativity and repudiation). Estos dos conceptos permiten tener en cuenta los determinantes externos y la operación subjetiva por la cual cada sujeto constituye su identidad de género.

Butler define performatividad como la reiteración obligatoria de normas (Butler, 1993, p. 94) que actualiza las identidades de género. Esto es lo que permite la emergencia del sujeto y constituye la condición temporal del ser. Pero el punto importante es que esta reiteración no es un invento u obra del sujeto. El sujeto actualiza definiciones preexistentes y socialmente producidas. Así el sujeto emerge en el encuentro de discursos preconstituidos, regulaciones sociales y actuación del actor.

Según Butler, afirmar que el cuerpo generificado es performativo supone que éste no tiene un status ontológico fuera de los diferentes actos u gestos que constituyen su realidad. En otras palabras, actos y gestos articulados y deseos actuados crean la ilusión de un núcleo organizador preexistente. Ésta es una ilusión discursivamente mantenida que cumple el propósito de regular la sexualidad y mantenerla dentro del marco obligatorio de la sexualidad reproductiva. Como dice Butler «son producidos como los efectos de verdad de un discurso que propone la existencia de identidades primarias y estables» (Butler, 1990 p. 136). En el lugar de una identificación original (Falo, Edipo, etc.) que sirve como causa determinante de la identidad de género, Butler propone una historia personal/cultural de significados heredados, sujetos a un conjunto de prácticas imitativas que se relacionan lateralmente con otras imitaciones y que juntas construyen la ilusión de un ego/género original y esencial (Butler, 1991, p. 138). Género es por lo tanto una construcción que esconde sistemáticamente su génesis: el tácito acuerdo colectivo de actuar, producir y sostener identidades de género polares y discretas en tanto ficción cultural es oscurecido por la credibilidad de esas producciones.

Sin embargo, Butler señala que este tipo de razonamiento presenta un problema: «cómo esas regulaciones pueden ser construidas o convertidas en determinantes generativos y productivos sobre la sexualidad que aseguren que cada

©Universitat de Barcelona

sujeto encuentre un lugar prefijado dentro del sistema de género» (Butler, 1993 p. 114). En «Bodies that Matter» (1993), Butler abandona definitivamente la noción de género como construcción y desarrolla el concepto de repudio para explicar cómo la identificación sexual es fijada en cada sujeto. Para Butler «el sujeto edifica su unidad a través del repudio compulsivo que traza sus fronteras y construye su reclamo de integridad» (Loc. cit).

La constitución del sujeto requiere una identificación con el fantasma normativo del sexo y esta identificación ocurre a través del repudio que produce un dominio de lo abyecto, un repudio sin el cual el sujeto, no puede emerger. En este sentido, el sujeto se constituye a través de las fuerzas de exclusión y abyección. La primera produce un afuera constituyente del sujeto un afuera abyecto que sin embargo está dentro del sujeto como su propio repudio fundante. Ésta no es una identificación enterrada dejada atrás en un pasado olvidado, sino una identificación que debe ser nivelada y enterrada una y otra vez, el repudio compulsivo por el cual el sujeto incesantemente sostiene su frontera.

En suma, Butler trata de superar la noción constructivista del cuerpo como un dato externo sobre el cual actúa el discurso. De acuerdo a ella lo que constituye la fijeza del cuerpo, sus contornos, sus movimientos es totalmente material. Pero la materialidad no es un dato previo sino un efecto del poder. La materialidad del cuerpo no sería pensable fuera de la materialización de las normas regulatorias en el mismo cuerpo. Butler concluye que la materia de los cuerpos es indisociable de las normas regulatorias que gobiernan su materialización. El sexo no es un dato corporal sobre el cual se sobreimpone artificialmente la construcción de género, el sexo es una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos. El sujeto, el yo parlante se forma al atravesar el proceso de asumir un sexo. Finalmente, este proceso se liga a la matriz exclusionaria a través de la cual son formados los sujetos. Esto requiere la producción de un dominio de los seres abyectos, aquellos que todavía no son sujetos y que forman el afuera constitutivo del dominio de lo abyecto.

Conclusiones

Las críticas feminista y post estructuralista permitieron desmantelar los presupuestos en los cuales se basa la concepción de masculinidad occidental. Ésta muestra que la identidad de género masculina se construye sobre la identificación de la masculino con lo universal, la razón y el saber. Dicha asimilación a su vez reposa sobre la negación de lo femenino, el control de las mujeres y el lazo entre varones. Sin embargo, lo femenino (excluido) es parte constitutiva de lo masculino, no sólo permite su emergencia sino que lo amenaza desde dentro e impulsa cambios en su definición/constitución. Desde este punto de vista «lo masculino tampoco existe».

©Universitat de Barcelona

El género en general y la masculinidad en particular, serían una parodia (o simulacro) porque no existe un original al que tales identidades imiten. De hecho, el núcleo de la parodia sería la fe en la existencia de un original. La identidad original a partir de la cual se conforma el género es una imitación sin origen. La masculinidad se actualiza a través de la actuación de guiones contenidos en los múltiples discursos sobre masculinidad, en su materialización en el cuerpo y en el repudio del dominio de lo abyecto. Este último produce y reproduce las fronteras de lo masculino y estabiliza la identidad de género. Ello permite a los varones identificarse con su género y coloca a lo femenino como su puesto/abyecto. Ello podría relacionarse con la hostilidad hacia lo femenino y la homosexualidad que caracterizan a la representación occidental de lo masculino.

Finalmente, la identidad de género masculina debe ser entendida dentro de un marco mayor, como la expresión de un orden sociopolítico fundado en el control de los medios estratégicos de producción y reproducción como son el parentesco, los sistemas económicos y políticos del poder simbólico que igualan al orden patriarcal con el mundo real. No obstante, la identidad de género se constituye dentro de la multiplicidad de diferencias de clase, etnicidad, etc. De este modo, la experiencia de género de un varón no se determina únicamente por su sexo sino por el lugar que ocupa dentro de las categorías raciales étnicas, de clase, regionales, etc., de la sociedad en la que vive. Desde este punto de vista no se puede hablar de una masculinidad sino de múltiples masculinidades definidas contextualmente y contrastadas contra el dominio de lo abyecto para constituir sus límites.

Referencias

BUTLER, Judith: 1990, Gender trouble, feminism and the subversion of identity, Routledge, New York, London.

DE LAURETIS, Teresa: 1990, La esencia del triángulo, o tomarse en serio el riesgo del esencialismo: teoría feminista en Italia, los E.U.A. y Gran Bretaña. En: Debate Feminista, Año I, Vol. 2.

DE LAURETIS, Teresa: 1987, Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction. Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis.

FOUCAULT, Michel: 1977, Nietsche: Genealogía e Historia. En: Microfísica del poder. La Piqueta, Madrid.

FOUCALUT, Michel: 1980, Power/ Knowledge Selected Interviews and other Writings 1972-1977 Editado por Colin gordon, New York, Pantheon Books.

FOUCAULT, Michel: 1984, Histoire de la Sexualite I: La volonte de Savoir. Histoire de la Sexualite II: L'Usage des Plaisirs. Gallimard, París.

IRIGARAY, Luce: 1985, This Sex which is not one. Cornell University Press, Ithaca, New York.

IRIGARAY, Luce: 1993, An Ethics of Sexual Difference. Cornell University Press, Ithaca, New York.

JAMESON, Fredric: 1994, The Cultural Logic of Late Capitalism, Durham, Duke University Press.

©Universitat de Barcelona

LYOTARD, Jean François: 1987, La Condición Postmoderna, Informe sobre el saber, Catedra, Madrid.
NICHOLSON, Linda and FRASER, Nancy: 1988, Crítica social sin filosofía: Un encuentro entre Feminismo y Postmodernismo. En: Linda Nicholson (Editora) Feminismo Post modernismo, Feminaria Editora, Buenos Aires.
PERETTI, Cristina: 1990, Entrevista con Jacques Derrida. En: Debate Feminista, Año I, Vol. 2.
SCOTT, Joan Wallach: 1988, Gender and the Politics of History, Columbia University Press, New York.

©Universitat de Barcelona